



LOS SUPERVIVOS DEL PARANÓ

VOCES,
CAMINOS
Y GUARDIANAS DEL MERIDIANO

Susurros del Páramo

Voces, Caminos y Guardianías del Meridiano

Protagonistas

Nawi Pukara - La Guardiania de la Montaña (Yeinny Tatiana Carillo Rojas)

Kerly Durley Patiño - Herrera, Tolima
Colectivo Herrera Juvenil - Donde la juventud encuentra raíces

Yonny Alexis Rojas Martínez - Fundación Créalo
Formación audiovisual, comunicación comunitaria y memoria

Diseño Editorial

Famberlin Taba Jaramillo
Diseñador Gráfico

Sumaq Parir - La Caminante del Páramo (Bela Lua Rojas Mosquera)

Luz Stella García Méndez - Los Guayabos, Herrera
Emprendimiento escolar “Caña y Panela”

Investigación, Concepto Narrativo y Guion

Yonny Alexis Rojas
Director y Cofundador – Fundación Créalo
Educador popular, abogado, magíster en Estudios Globales y Cooperación Internacional

Producción Ejecutiva

Fundación Créalo
Cali, Valle del Cauca – Colombia
Organización sin ánimo de lucro

Voces del Territorio

Alexandra Leyton Gómez
Maracas, Rioblanco Asociación Agropecuaria
Café, cacao y plátano

Nelcy Yulieth Quitumbo Ipia - Vereda Las Mercedes, Herrera
Artesanía y guardianía del Páramo We’pe Wala

Daniela Aranda Echavarría
Cofundadora Fundación Créalo
Investigadora, docente rural, magíster en Ciencia, Tecnología e Innovación
Doctoranda en Educación y Sociedad

Fotografías

Dylan Alexander Rojas Martínez - Creacine
Geraldine Hernández Ortega - Creacine
Ingrid Daniela Mina Vernaza - Creacine
Ana Jimena Agudelo Acevedo - Creacine
Karen valentina cardona Agudelo - Creacine
Josed Alejandro Mora Trujillo - Creacine
Juliana Andrea Vecca Cortez - Creacine
Isabella Barbosa Herrera - Creacine
Carol Gisell Urbano Vega – Creacine

Diana Ruth Torres García - Herrera, Planadas
Proyecto familiar Café del Bosque

Paola Vera Parra - Vereda Maracaibo, Rioblanco
ASMOAMAR - Semillas, liderazgo femenino y soberanía alimentaria

Dirección Audiovisual
Ana Jimena Agudelo
Comunicadora Social y abogada en formación
Fundación Créalo
Editorial Olaerc - Olaerc SAS BIC

Genover Pinto Saldaña - Rioblanco
Asociación Agrolindo - Café especial

Raúl Molano - Herrera, Tolima
Comité Comunitario de Memoria -Guardián del Árbol y del Agua

José Gustavo Quintero - Gaitania -Planadas
Caficultor y productor de panela - El guardián de los caminos antiguos

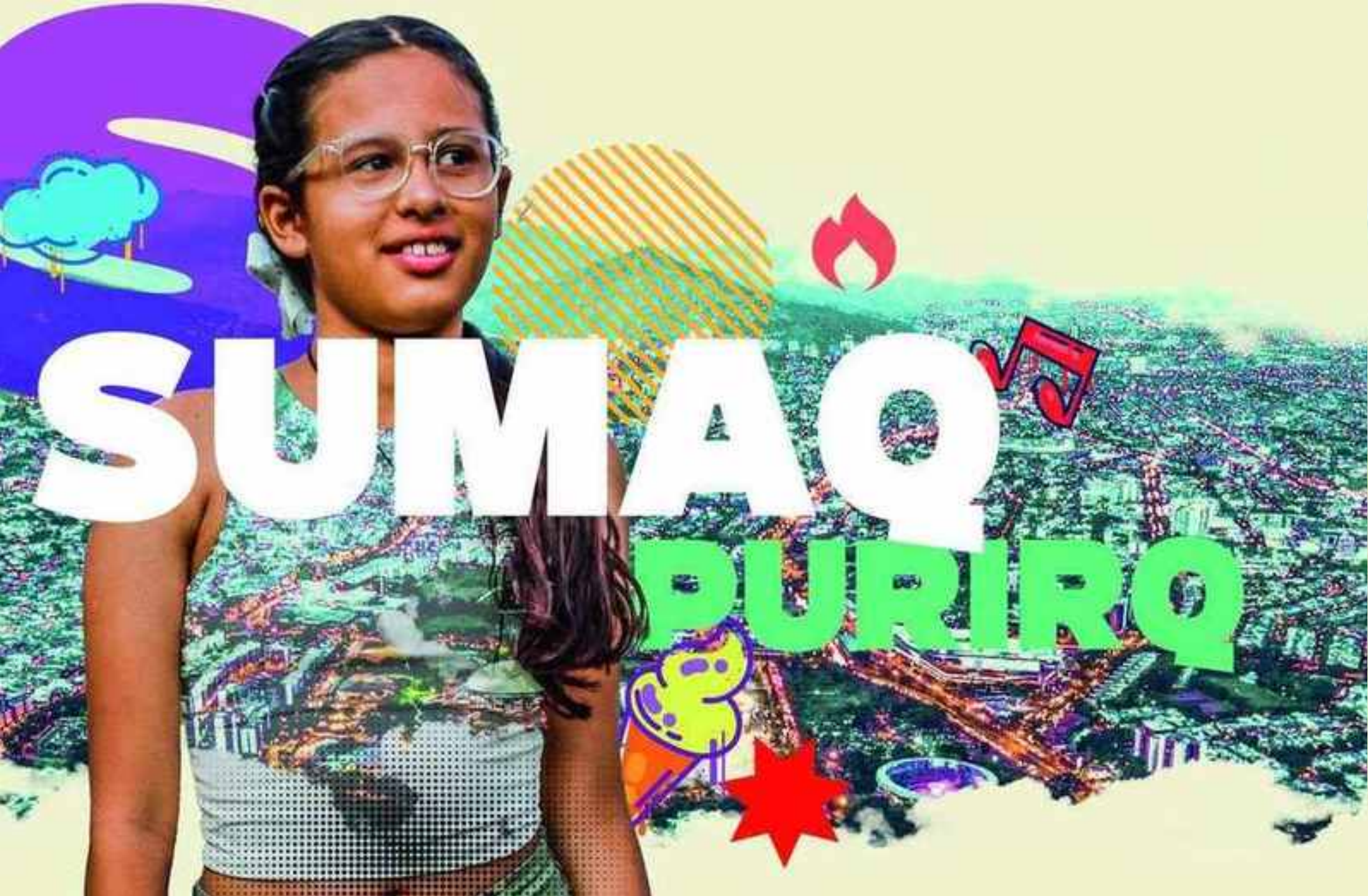
Julio Mario Mena Rodríguez - Gaitania, Planadas
Transformación y calidad del café

Yudi Lisney Rojas Orozco - ASOMUCAMVI
Emprendimiento rural, liderazgo comunitario y conservación

Agradecemos profundamente a las familias campesinas de Herrera, Gaitania, Planadas y Rioblanco; a la comunidad indígena, guardianes del Páramo We’pe Wala; a los jóvenes, mujeres y colectivos que sostienen la memoria viva de sus territorios; y a los participantes de CREACINE – Escuela Audiovisual Comunitaria, cuya mirada sensible y comprometida hizo posible este tejido narrativo. Gracias a cada líder, lideresa, organización rural y proceso comunitario que compartió su voz, su tiempo y su sabiduría, permitiendo que Susurros del Páramo tome forma como un libro que honra el agua, la montaña y las historias que nos sostienen.

Primera edición
2025 - Cali, Colombia
© Derechos reservados Fundación Créalo







ÍNDICE SUMAQ

Origen	8
Viaje hacia el paramo	12
Eco del territorio	16
Voces que habitan el páramo	18
Paola	20
José Matías	22
Daniela	24
Kerly Durley	28
Nelcy Yulieth	32
Diana	34
Funtación Créalo	38
Diana Ruth	42
Los ríos que nacen en el aire	44
Lo que asombra a la caminante del páramo	48
We ´pe Wala	48



índice nawi

Origen	9
El llamado de la montaña	13
Voces del territorio	17
Voces que habitan el páramo	19
Raúl Molano	21
Julio Mario	23
José Gustavo	25
Genover Pinto	29
Luz Stella	33
Alexandra	35
Asomucamvi	39
Los ríos que nacen en el aire	45
Lo que asombra a la guardiana de la montaña	49
We´pe Wala	49

ORIGEN

Sumaq Purirq La Caminante del Páramo

Sumaq Purirq creció en Cali, pero su historia comenzó mucho antes, en una montaña que ella solo conocía por los relatos de su padre. Él era campesino del Tolima, un hombre de manos firmes y mirada profunda, que, aunque llevaba más de treinta años en la ciudad, seguía hablando como si la montaña lo acompañara en cada palabra. A veces, mientras regaba las plantas de la pequeña terraza de la casa, Sumaq lo veía murmurar algo al viento, como si saludara a alguien invisible.

—La tierra siempre escucha —decía él—. Por eso uno nunca deja de hablarle, así esté lejos.

Para Sumaq, esas frases eran parte natural de su vida. Mientras otros niños crecían con historias de superhéroes, ella creció oyendo sobre el árbol de la vida. Su padre decía que ese árbol existía de verdad, allá donde el páramo toca el cielo. Que sus raíces eran tan profundas que guardaban la memoria de los abuelos, y que

sus ramas sostenían los sueños de quienes cuidaban el agua. Sumaq lo imaginaba inmenso, como si pudiera abrazar al mundo entero.

Pero había algo más. Algo que su padre le contaba cada vez que llovía sobre la ciudad: los Ríos Voladores.

Le explicaba que no eran ríos que corrían por el suelo, sino ríos que viajaban por el cielo, cargados de agua del páramo. Le decía que el vapor se elevaba como un canto silencioso, que cruzaba las montañas y recorría largas distancias para transformarse en lluvia sobre los techos, sobre la gente, sobre la vida.

—El agua es viajera, hija —le explicaba mientras ella miraba la ventana empañada—. Llega hasta aquí porque el páramo la deja partir.

Sumaq no entendía del todo cómo funcionaba, pero sí sentía algo: cada vez que llovía, el cielo parecía traerle un mensaje.

La ciudad donde vivía —entre calles empinadas, muros coloridos y gualas que suben como hormigas cargadas— era ruidosa y llena de vida. Pero para ella, que creció



ORIGEN

Nawi Pukara La Guardiania de la Montaña



Nawi Pukara, cuyo nombre significa Vigía de Fortaleza, nació y creció en una finca entre Gaitania en Planadas, en el sur del Tolima. Desde que tuvo memoria, su vida estuvo rodeada por la montaña que la vio crecer: un territorio de nacimientos de agua, senderos sagrados y una neblina que cada mañana parecía reconocerla.

Vive con su mamá, su papá y sus cuatro hermanos, todos campesinos. En la finca conviven caballos, perros, gallinas y aves que vuelan libres entre los cafetales y los árboles altos. Allí aprendió a andar a caballo antes incluso de escribir su nombre, y fue entre los cultivos y los animales donde descubrió que la montaña no solo la rodeaba: la habitaba.

De carácter tranquila y perceptiva, Nawi observa más de lo que habla. Siente los cambios del viento, reconoce el llamado de cada ave y sabe cuándo el bosque está en equilibrio... y cuándo algo lo altera. Esa intuición la ha convertido en una defensora natural del territorio: cuida los nacimientos de agua, protege las rutas de las aves y vigila que la montaña no pierda su memoria.

A los 17 años ya es una excelente jinete, una fotógrafa de aves intuitiva y una guardiana silenciosa de todo lo que respira en su entorno. Sueña con estudiar temas ambientales, conservación o comunicación, para ser un puente entre su territorio y el mundo. Porque teme algo profundo: que la montaña cambie tanto que los ríos voladores no regresen.

escuchando historias de frailejones y neblina, siempre había una sensación de distancia. Como si hubiera dos mundos: uno de cemento y ruido, otro de silencio y origen. Y en medio de esos dos mundos, ella.

En la escuela, mientras sus compañeros hablaban de centros comerciales o de música urbana, Sumaq dibujaba montañas, aves y un árbol gigante que nadie más conocía. A veces, mientras los demás corrían en el recreo, ella levantaba la mirada hacia las nubes, intentando descubrir si por ahí pasaban los ríos voladores.

Una tarde, cuando tenía ocho años, su padre la llevó a un mirador de Siloé. Desde allí, la ciudad se extendía como un mar de luces. Pero lo que él le señaló no estaba abajo, sino arriba.

—Mira bien, Sumaq —dijo—. ¿Ves cómo va la nube? No se queda quieta. Viaja.

La niña entrecerró los ojos. Una nube larga, delgada, avanzaba como si siguiera un camino invisible.

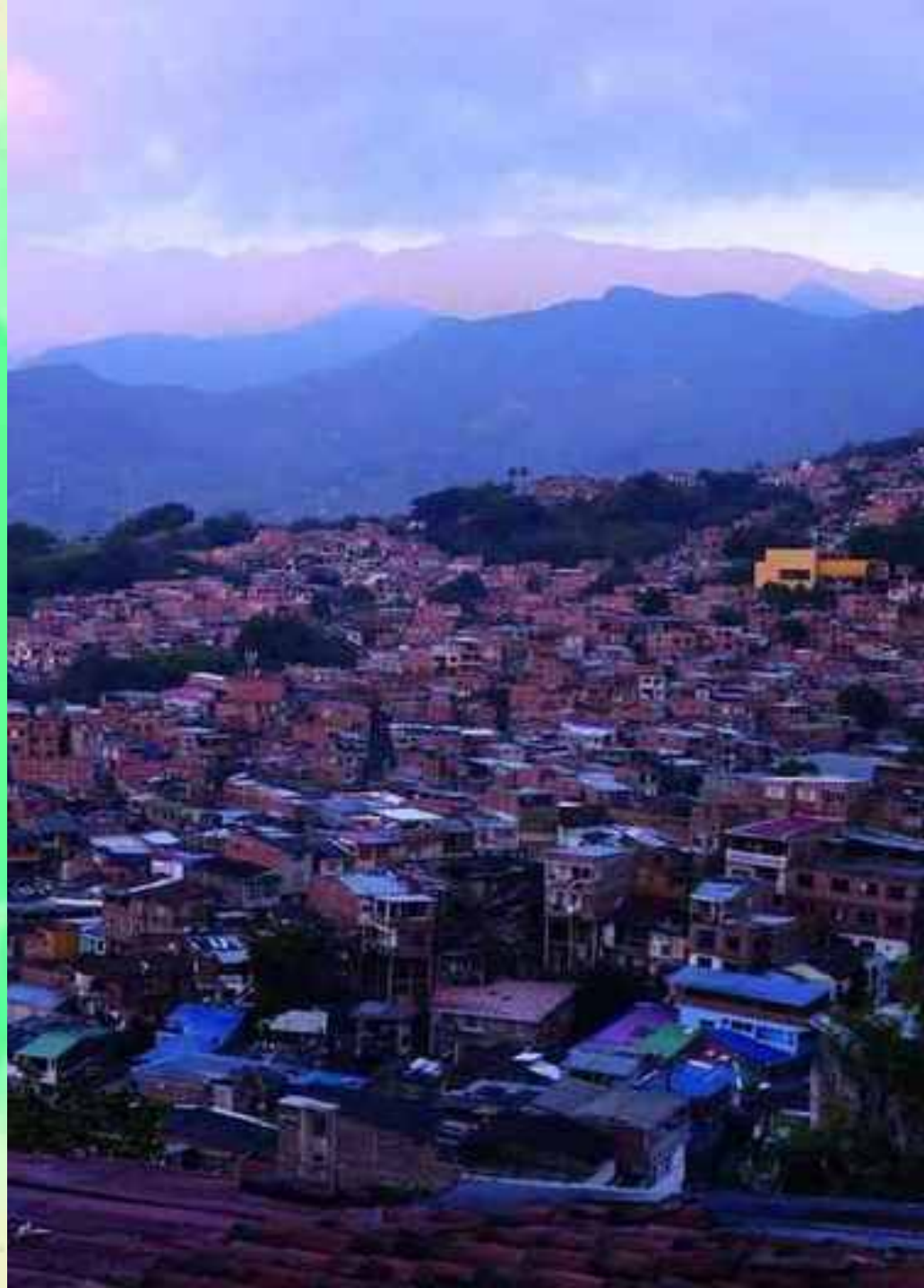
—Eso es un río volador —susurró él—. Es el páramo saludándote.

Ese día, Sumaq comprendió que, aunque nunca había estado en el páramo, el páramo sí había estado siempre con ella.

Y quizá por eso, cada vez que soñaba, se veía caminando entre la niebla, tocando hojas frías, escuchando el canto del viento.

Quizá por eso, el destino empezó a llamarla antes de que lo entendiera.

Ese origen —su padre, el árbol de la vida, los ríos voladores, la ciudad que no es montaña, pero la busca— es lo que la convertiría, con el tiempo, en lo que ya estaba escrito en su nombre profundo: La Caminante del Páramo.



Su lugar sagrado es el Páramo del Meridiano. Allí, en la altura donde el frío se vuelve pensamiento, escucha lo que ella llama “los mensajes del viento”. Y fue justamente allí donde comenzó a sentir un llamado extraño, un presentimiento que regresaba cada noche en sueños: el encuentro con otra caminante, alguien que también llevaba dentro historias antiguas y la misión de proteger el Árbol de la Vida.

Desde entonces, Nawi sabe que su camino no es solo suyo.

Es el camino de una generación que heredó la montaña.

Y ahora, debe revelar lo que el territorio le ha confiado.



VIAJE HACIA EL PÁRAMO

Sumaq Purirq La Caminante del Páramo

El viaje de Sumaq Purirq comenzó mucho antes de dar un solo paso fuera de la ciudad. Primero fue un movimiento interior, una especie de temblor suave que nació en el pecho y luego se extendió por todo su cuerpo. Era como si algo, allá arriba, la llamara por su verdadero nombre.

Desde la terraza de su casa en Siloé, podía ver el cielo abrirse como un gran manto azul. Las nubes se movían con prisa hacia el oriente, como si obedecieran a una fuerza invisible.

—Va a llover en las montañas —murmuró su padre.

Pero Sumaq sintió otra cosa: Las montañas me están llamando.

Al día siguiente, muy temprano, guardó su cuaderno, una botella de agua y un pequeño amuleto que su padre había traído años atrás del Tolima: una semilla seca de árbol de vida.

—Para que no te pierdas —le dijo él, entregándola con una sonrisa que ocultaba un poco de preocupación.

Pero Sumaq sabía que ese viaje no era solo suyo: era la continuación de una historia que venía de mucho antes.

El desplazamiento imaginario

Mientras el bus subía por la carretera que serpentea hacia el Tolima, Sumaq cerró los ojos. El ruido de los motores se alejó, y en su mente aparecieron los caminos que había imaginado toda su vida: senderos estrechos, piedras húmedas, hojas que brillaban como si tuvieran pequeñas luces dentro.

Imaginó sus pasos avanzando entre la neblina. Cada exhalación se mezclaba con el aire frío. A veces creía escuchar voces dulces, casi suspiros.

—Somos nosotros, —decían— somos los frailejones.

No sabía si era un sueño o un recuerdo de algún lugar que nunca había visitado, pero que de algún modo la conocía.

El desplazamiento físico

Cuando finalmente llegó a la carretera que conduce al Páramo del Meridiano, el aire cambió. Dejó de ser cálido y pesado, y se volvió frío, limpio, casi sagrado. Sumaq sintió cómo la piel se le erizaba, como si todo su cuerpo se preparara para entrar en otro mundo.

Las montañas se levantaban enormes frente a ella, cubiertas por un velo de nubes que parecía moverse con respiraciones lentas. Cada curva del camino dejaba ver un paisaje distinto, como si la montaña cambiara de rostro a propósito.

El llamado de la montaña

Los días de Nawi Pukara, la Guardiana de la Montaña, transcurren al ritmo sereno de la vida rural. El amanecer llega con el canto de los gallos, el aleteo de las aves y el olor de la tierra húmeda. Mientras sus hermanos preparan los animales y avanza el sol entre la neblina, Nawi recorre los alrededores de la finca con una cámara colgada al cuello y los sentidos atentos a cualquier señal del territorio.

Para ella, cada piedra, cada árbol, cada curva del camino tiene una historia.

Conoce los nacaderos como si fueran parientes antiguos y reconoce en las quebradas el pulso del agua que sostiene a toda la montaña. Allí se sienta a escuchar el murmullo del bosque, a distinguir el canto de las aves y a sentir los cambios sutiles que anuncian cuando algo no anda bien. Porque en el territorio, el silencio también habla.

Desde pequeña supo que su misión no era casual. Había un vínculo invisible entre ella y la montaña: una especie de pacto que no se firma con palabras sino con presencia, con cuidado, con respeto. En cada recorrido, Nawi vigila que los senderos sigan abiertos, que el agua corra limpia y que los animales tengan un hogar seguro. No lo hace porque alguien se lo pida. Lo hace porque la montaña la eligió.

Fue en uno de esos recorridos, al subir hacia el Páramo del Meridiano, cuando sintió algo distinto: un llamado profundo, casi ancestral. El viento soplaba con un sonido que no había escuchado antes, como si estuviera intentando pronunciar un nombre. La neblina se movía en dirección al páramo, invitándola a seguir su rastro. Y en su pecho, una intuición se encendió como una chispa:

La niebla

Primero llegó como un hilo delgado, apenas un susurro blanco. Luego fue creciendo, abriéndose como una puerta silenciosa.

Sumaq la atravesó sin miedo. Sabía que la niebla, más que esconder, revela.

Que tapa lo que no importa para mostrar lo que sí.

Los guardianes silenciosos
Y entonces los vio.

Inmóviles.

Altos.

Suaves como brazos que se abren.

Los frailejones.

Eran más grandes de lo que había imaginado, más silenciosos, más vivos. Sus hojas parecían manos que guardaban secretos. Sus ojos —porque Sumaq sintió que tenían ojos— la observaban con una mezcla de bienvenida y advertencia.

—Cuida el agua —escuchó en su mente—. El páramo te da permiso

de entrar, pero quiere saber qué traes contigo.

Ella apretó la semilla del árbol de la vida.

—Solo traigo respeto, —pensó.

A cada paso, la neblina se abría como si la reconociera.

A cada paso, los frailejones vigilaban.

A cada paso, Sumaq dejaba un poco más atrás la ciudad, convirtiéndose realmente en lo que siempre había sido en su corazón: La Caminante del Páramo.

En ese momento, entendió que su viaje no era hacia un lugar, sino hacia un origen.

Hacia una historia que la esperaba desde antes de nacer.

Hacia el encuentro con quienes soplan los susurros del agua.

Y todavía no lo sabía, pero alguien más, en otra montaña, avanzaba también hacia ese mismo centro: La Guardiana de la Montaña.



Había llegado el momento de caminar hacia donde nacen los ríos voladores.

Sin embargo, no era solo una travesía.

Era el inicio de una misión: proteger lo que sostiene la vida y encontrar a alguien que, desde otro lugar del territorio, también había escuchado el llamado.

Nawi lo entendió con claridad.

La montaña no la estaba guiando.

La estaba preparando.





ECO DEL TERRITORIO

Las voces que reciben a Sumaq Purirq – La Caminante del Páramo

El páramo no habla con palabras: habla con historias.

Cada persona que habita sus bordes lleva en la memoria un pedazo del agua, una herida del territorio, una enseñanza de montaña. Sumaq lo descubrió apenas puso un pie en Herrera, cuando el viento le abrió la puerta y las voces empezaron a aparecer como si hubieran estado esperando su llegada.

Llegada de la Caminante del Páramo

El viento desciende desde el Meridiano con un murmullo que parece llamar a Sumaq.

Ella —La Caminante del Páramo— se detiene, escucha. Lo que oye no son solamente sonidos: son voces, memorias, advertencias, cuidados, historias vivas que

sostienen el páramo. Estas son las primeras voces que la reciben.

El viento cambió. Ya no era solo neblina rozando las piedras ni el murmullo suave de los frailejones saludando al amanecer. Ahora, mientras Sumaq —La Caminante del Páramo— avanzaba entre hojas húmedas y suelo esponjoso, comenzó a escuchar algo distinto: voces humanas, antiguas y recientes, que parecían desprenderse del mismo aire. Eran relatos que no se inventaban, sino que nacían del territorio, como si la montaña se abriera para mostrarle sus memorias.

La Caminante se detuvo. Sabía que estaba entrando en un umbral donde la ficción se inclinaba ante la vida real; un espacio en el que su propio camino se cruzaba con el de quienes habían luchado, resistido y cuidado este páramo antes que ella.

Y entonces las voces aparecieron, claras y profundas, pidiendo ser escuchadas.



Voces del territorio

En la vida de Nawi Pukara, la Guardiana de la Montaña, cada historia comienza con un sonido: el crujido de una rama, el canto de un ave, el eco lejano de una quebrada que desciende hacia el sur del Tolima. El territorio no se cuenta solo con palabras; se cuenta con respiraciones, con pasos, con silencios. Por eso, cuando Nawi sube hacia la montaña mayor o recorre los caminos entre Gaitania en Planadas, sabe que no camina sola: camina acompañada por las voces de quienes han cuidado la tierra desde antes que ella naciera.

Para Nawi, esas voces son semillas.

Semillas que guardan memoria, resistencia y esperanza.

Mientras fotografía aves al amanecer o revisa el estado de los nacederos, la Guardiana reconoce que su historia no puede sostenerse sin las otras historias que habitan el territorio. Son relatos de campesinos, mujeres, jóvenes y familias que han vivido entre montañas, cafetales, ríos y neblinas, cultivando no solo la tierra sino también la dignidad.

Por eso, antes de llegar al Páramo del Meridiano, Nawi decide detenerse.

Respira hondo.

Escucha.

Y deja que las voces del territorio hablen por sí mismas.

Estas son algunas de esas voces.

Voces que ella recoge con respeto y gratitud, y que ahora el lector podrá escuchar no solo en las palabras escritas en donde la montaña se muestra tal cual es: viva, profunda, presente.

Aquí comienzan las historias que acompañan su camino.

VOCES QUE HABITAN EL PÁRAMO

PAOLA VERA PARRA

Sembradora de Mujeres y Futuro



Proceso organizativo: Asociación Agropecuaria de Mujeres de Maracaibo (ASMOAMAR)

Territorio: Vereda Maracaibo, Río Blanco – Tolima

Para la Caminante del Páramo, el territorio habla no solo desde las montañas sino también desde las manos que siembran. Por eso, al descender por los caminos húmedos de Río Blanco, encuentra la voz amable y firme de Paola Vera, presidenta legal de ASMOAMAR, una asociación compuesta por 25 mujeres campesinas que decidieron organizarse para fortalecer su economía, su autonomía y su presencia en la vereda Maracaibo.

Paola recuerda que durante mucho tiempo “las mujeres no tenían la confianza ni la credibilidad de que se podía”. Ahora, gracias a la organización comunitaria, cada una cultiva su finca con árboles frutales, huertas, café, cacao, aguacate y cítricos. Dos germinadores comunitarios sostienen el sueño compartido de producir café propio y fortalecer la economía familiar sin depender de intermediarios.

Su voz también revela la esperanza de una carretera que conecte Herrera con el Valle del Cauca, permitiendo vender los productos a mejores precios y mejorar la calidad de vida de toda la comunidad. Paola insiste en que el territorio es fértil, abundante en agua y vegetación, pero necesita caminos para que las mujeres puedan avanzar con sus proyectos.

Hacia el final, cuando Sumaq le pregunta por el Árbol de la Vida, Paola responde desde el deseo colectivo: oportunidades, educación, emprendimientos y mejores condiciones para su gente.

“Nuestro objetivo como asociación es incrementar la economía de las mujeres... y que tengan más oportunidades de mejorar su calidad de vida.”



HISTORIA PAOLA VERA
QR – PODCAST.

Raúl Molano

Guardián del Árbol y del Agua



Proceso organizativo: Comité Comunitario de Memoria de Herrera

Territorio: Herrera, Tolima

Raúl Molano, campesino mayor y defensor del territorio, habla como quien sostiene un pueblo entero en la palma de la mano. Frente al árbol centenario —ese que ha visto pasar colonos, violencias, abandonos y regresos— su voz revive la memoria de Herrera, una comunidad nacida a punta de hacha, barro y montaña.

Recuerda cómo el pueblo se levantó “boliando hacha”, y cómo luego la violencia obligó a muchas familias a marcharse hacia el Valle. Hoy, con la calma recuperada, Raúl protege el árbol sagrado que algunos quisieron tumbar, y guarda para las nuevas generaciones el relato de cómo el páramo ha acompañado cada momento de la vida comunitaria.

Conoce el páramo desde niño: lo recorrió arreando bueyes, cruzando sabanas, nacimientos y peñascos que marcan la línea entre el Tolima y el Valle. Habla de la laguna El Ereje como si fuera un ser vivo, sensible, capaz de mostrar su carácter cuando se le irrespeta. Para él, cuidar el agua es cuidar la vida misma.

“El páramo es una belleza... tiene lagunas lindas, sabanas, y una laguna que si le tira piedras, se enoja y oscurece el día.”



Recorrido visual y sonoro con Raúl Molano: memoria, territorio y el árbol centenario.

JOSÉ MATÍAS MENDOZA

El hombre que sube donde nace la niebla



Proceso organizativo: Asociación Agroforestal de Herrera

Territorio: Herrera, Planadas – Tolima

Cuando la Caminante del Páramo avanza por los senderos húmedos que bordean Herrera, escucha una voz que parece venir del mismo suelo fértil. Es la voz de José Matías Mendoza, agricultor, caficultor y conocedor de los caminos que ascienden hasta donde empieza la niebla del Meridiano.

José Matías lleva toda la vida sembrando café, frutales y árboles nativos. Habla con una calma que solo tienen quienes han visto crecer la montaña y saben escuchar el ritmo de los nacimientos de agua. Para él, subir al páramo no es una aventura: es una responsabilidad heredada. Ha acompañado grupos, turistas y estudiantes, guiándolos con respeto hacia las lagunas, los frailejones y los vientos fríos que anuncian la presencia de los ríos voladores.

Cuenta que en Herrera la agricultura lo es todo, que la gente siembra café, frutas, plátano y aguacate, y que la tierra ofrece con generosidad siempre que uno la cuide. Por eso se vinculó a la Asociación Agroforestal, un proceso organizativo que busca unir a la comunidad para proteger el bosque, mejorar la producción y fortalecer el turismo de naturaleza.

Habla también de los “tiempos pesados” que vivió el pueblo, cuando la violencia y el abandono marcaron el camino. Pero su mirada se ilumina al reconocer que hoy la comunidad ha

recuperado la calma y el deseo de trabajar por el futuro. Sueña con ver a Herrera crecer en turismo, en agricultura limpia y en conservación del páramo.

Cuando la Caminante le pregunta por los ríos voladores, José Matías sonríe y mira al cielo como quien reconoce a un viejo amigo. “He escuchado hablar de los ríos voladores... son unas hermosas nubes que cargan aquí.”

Para Sumaq, sus palabras son una confirmación: el páramo solo se entiende escuchando a quienes lo caminan desde siempre. En José Matías descubre una verdad profunda: las montañas hablan a través de quienes las cuidan.



QR – Foto Imágenes del cultivo, sonidos de la montaña y fragmentos de su testimonio sobre agricultura, agua y páramo.

Julio Mario Mena Rodríguez

El sembrador de caminos de Gaitania



Proceso organizativo: Trabajo comunitario campesino de Gaitania

Territorio: Gaitania – Planadas, Tolima

Julio Mario Mena es un hombre que ha vivido siempre entre montañas. Su vida está hecha de madrugadas frías, caminos de tierra y el sonido constante del agua. Desde pequeño aprendió a leer la naturaleza como quien lee un libro abierto: el color del cielo le dice si habrá lluvia, el silencio de los pájaros le revela si algo anda mal, y el movimiento del viento le habla de los cambios que vienen.

Su relación con el territorio no es solo laboral: es espiritual, afectiva y profunda. Mario conoce cada sendero porque lo ha recorrido trabajando, sembrando, acompañando procesos comunitarios y enseñando a los jóvenes a valorar lo que tienen.

Para él, la montaña es maestra, es historia y es memoria. Le preocupa que los jóvenes ya no suban tanto, que el páramo se vaya quedando sin quienes lo miran, lo escuchan y lo sienten.

Una de sus reflexiones queda grabada en la memoria de Nawi:

“El páramo está vivo. Uno no va allá solo a mirar: uno va a aprender.”

En su voz se escucha la firmeza de quien ha visto cómo cambia el clima, cómo se desgastan los caminos y cómo se debilitan los nacederos. Por eso insiste en que la defensa del páramo no es un discurso, sino una práctica diaria: caminarlo, respetarlo, sembrar en equilibrio, escuchar sus advertencias y transmitir ese saber a quienes vienen detrás.

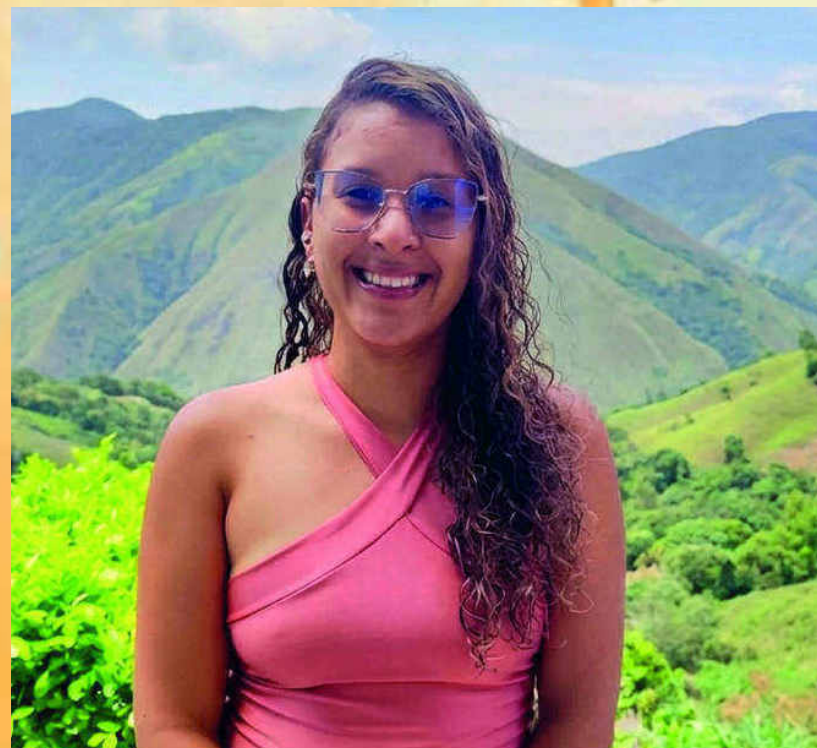
Para Nawi Pukara —la Guardiana de la Montaña— conocer a Mario Mena es recibir una brújula. Sus palabras la confirman en su misión: proteger lo que queda, recuperar lo que se ha perdido y mantener encendida la memoria del agua que nace en lo alto.



(QR recomendado)

DANIELA ARANDA ECHAVARRÍA

Directora – OLAERC SAS BIC
Olaerc Producciones



Territorio: Cali, Valle del Cauca

Proceso organizativo:
Productora audiovisual de base comunitaria

Vinculación territorial: Cali
– Sur del Tolima – Páramo del Meridiano

Daniela Aranda Echavarría nació en Cali y ha vivido en esta ciudad toda su vida. Es directora de OLAERC SAS BIC – Olaerc Producciones, una productora audiovisual de base comunitaria que surge como una extensión de los procesos comunitarios desarrollados junto a la Fundación Créalo, acompañando iniciativas sociales, culturales y territoriales que buscan dignificar la vida a través del lenguaje audiovisual.

OLAERC nace con la convicción de que el audiovisual no es solo una herramienta técnica, sino un medio para fortalecer vínculos comunitarios, amplificar voces locales y construir memoria colectiva. Desde sus inicios, la productora ha acompañado procesos en contextos urbanos y rurales, reconociendo en las imágenes, las voces y los relatos una forma de resistencia

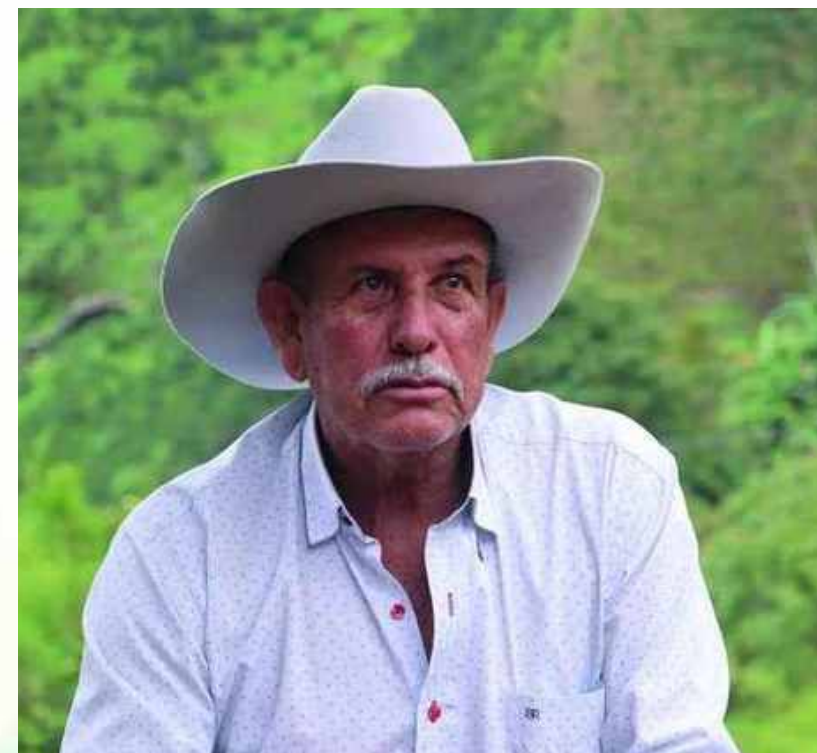
cultural y de construcción de sentido.

En el año 2022, OLAERC realizó la serie documental “Descubriendo Vidas”, experiencia que permitió estrechar vínculos con comunidades del sur del Tolima y comprender de manera directa la potencia del audiovisual para fortalecer procesos comunitarios en territorios remotos. Este acercamiento propició un diálogo profundo con los paisajes de alta montaña, las memorias campesinas y los procesos de cuidado ambiental, consolidando una sensibilidad especial frente a ecosistemas estratégicos como el Páramo del Meridiano.

Desde esta experiencia, OLAERC se vincula a Susurros del Páramo no solo como productora, sino como aliada ética, creativa y pedagógica en la construcción de narrativas que promueven el cuidado del agua, la memoria territorial y la relación respetuosa entre comunidades y naturaleza. El páramo aparece así no solo como un escenario narrativo, sino como un territorio vivo que interpela, enseña y convoca al cuidado colectivo.

José Gustavo Quintero

El guardián de los caminos antiguos



Proceso organizativo: Caficultor y productor de panela en finca familiar

Territorio: Gaitania – Planadas, Tolima

José Gustavo Quintero recibe a Nawi con la calma de quien ha vivido toda una vida entre montañas. Su finca es memoria viva: sus padres llegaron allí en 1962, huyendo de la violencia, y levantaron su futuro con trabajo, café, panela y cultivos de pan coger. Hoy, él continúa ese legado, cuidando la tierra como se cuida un ser querido.

Lo cuenta con humildad: entre cafetales, cañaduzales, frutales y animales, la finca se convirtió en un patrimonio familiar, un territorio que se trabaja con disciplina, pero también con cariño. Con orgullo describe cada etapa del café —la semilla, la chapola, la fermentación, el secado— y el proceso de la panela, desde la caña que baja en mula hasta la miel caliente que se enfría en gabelas. Para José Gustavo, nada es simple: todo tiene un método, un origen y un respeto.

Ha subido al páramo desde muy joven y lo recuerda como un lugar “muy bonito y atractivo”. Habla del camino ancestral Piky Pala (verificar nombre real) como quien describe una historia sagrada: por allí entraron sus abuelos a colonizar la zona, y por ese mismo camino hoy busca defender una carretera que permita sacar los productos de los campesinos.

Pero también reconoce que el páramo es más que infraestructura: es naturaleza viva. José Gustavo escucha los vientos fuertes que silban en la altura, los sonidos del hielo, del rastrojo y de la lluvia. Para él, esos son los verdaderos susurros:

“En el páramo se oye un silbido... pero no es espanto. Es la montaña hablando.”

Daniela concibe la producción audiovisual como un acto profundamente social y formativo, capaz de generar reflexión, diálogo y transformación en jóvenes y comunidades. Su trabajo articula creación, pedagogía y compromiso territorial, apostándole a procesos colaborativos que fortalecen el tejido social y amplían las posibilidades de vida digna.

Como empresa BIC, OLAERC mantiene un compromiso activo con el impacto social, ambiental y cultural. Continúa trabajando de la mano con organizaciones comunitarias, buscando aportar a la construcción de narrativas que protejan el territorio, valoren la diversidad y fortalezcan la memoria colectiva.



Sabe del agua, de los nacimientos, de las cuencas que protegen ríos como el Saldaña y el Hereje. También habla de la fauna: dantas, venados, pumas, armadillos, guatines y aves que hacen del territorio un ecosistema lleno de vida. La diversidad es, para él, una bendición que exige cuidado.

Cuando Nawi le pregunta por los ríos voladores, sonríe: los ha visto en forma de nubes gruesas, tormentas que cargan el agua que sostiene la vida en las montañas. A veces generan temor, dice, pero son parte del equilibrio natural.

La voz de José Gustavo es profunda, honesta, casi pedagógica. Cada frase revela sabiduría campesina, pero también esperanza: confía en que, si algún día la vía hacia el Valle se conecta, habrá más oportunidades para la gente de la región. Y aun así, nunca deja de insistir en que el agua, la biodiversidad y el páramo deben cuidarse con devoción.

Él es un guardián silencioso de los caminos antiguos. Su memoria sostiene la tierra que Nawi también busca proteger, y en su relato ella reconoce un eco de lo que la montaña le susurra desde niña.



QR- VODCAST



KERLY DURLEY PATIÑO

Donde la juventud encuentra raíces



Proceso organizativo: Colectivo Herrera Juvenil

Territorio: Herrera – Tolima

Kerly Patiño habla con la frescura de quien ama su territorio sin romantizarlo. Hace parte del colectivo Herrera Juvenil, un grupo que se dedica a visibilizar lo positivo del pueblo: celebraciones, memoria, procesos culturales, historias de vida. Desde muy joven ha estado detrás de fotos, transmisiones en vivo, investigaciones y proyectos que entrelazan a los mayores y a los jóvenes. Participó en la creación del libro Volver a las raíces y en la investigación del traje típico local, donde ayudó a representar elementos identitarios como el Árbol de la Vida, las montañas, los animales del páramo y la figura del arriero Costilla.

Cuando habla del páramo, sus ojos brillan. Kerly ha subido varias veces —cuatro, recuerda entre risas— y cada una ha sido distinta. La primera fue un paseo familiar lleno de carretera pendiente y susto por las piedras. La segunda, una acampada que terminó con el camping dañado y todos empapados. Otra subi-

da fue recién salidos de la pandemia, cuando casi les da “la pálida” por falta de comida. Y la última fue la más especial: subió con la comunidad indígena con la que ahora trabaja, aprendiendo a mirar el territorio desde su espiritualidad.

Allá, entre neblina y silencio, descubrió la Laguna La Linda y sintió algo más profundo:

“Con los indígenas entendí que el páramo tiene seres vivos que cuidan la madre naturaleza... fue una experiencia muy mística.”

Esa forma de mirar la naturaleza la acompaña en su trabajo con jóvenes. Hoy, como dinamizadora pedagógica en un cabildo indígena, Kerly enseña a otros chicos y chicas a valorar su territorio, a participar, a defender sus derechos y a reconocer su cultura. Ha visto talentos que florecen cuando encuentran un espacio seguro: fotógrafos, líderes, estudiantes con ganas de aprender.

Genover Pinto Saldaña

El transformador del grano



Proceso organizativo: Asociación Agrolindo

Territorio: Rioblanco – Sur del Tolima

Genover Pinto habla del café como quien describe un destino y no solo un cultivo. Su historia comienza en 2013, cuando él y once campesinos más se reunieron para enfrentar una realidad dura: el precio del café era tan bajo que no compensaba el esfuerzo de quien lo siembra, lo cuida y lo recoge. Esa injusticia fue el motor de su emprendimiento.

“Tenía que haber otra forma”, recuerda, y así nació la idea de transformar el café, de no venderlo en pergamino como siempre, sino llevarlo “a otro nivel”, darle valor agregado para que el campesino pudiera ver el fruto real de su trabajo.

Su café tiene un sello propio: fermentación de 36 horas, cultivado a 1.700 metros, y un proceso artesanal con notas de eucalipto, miel de abeja y naranja. Es su firma, su diferencia, su manera de decirle al mundo que en el Tolima no solo se produce café: se produce calidad.

Genover no ha subido aún al páramo, pero lo anhela. Sueña hacerlo con los integrantes de su asociación, para que juntos comprendan la importancia del agua, del territorio y del equilibrio natural que sostiene cada grano de café que sale de Rioblanco.

Habla del páramo con respeto, como si ya lo hubiera recorrido:

“Allá es donde nace todo, de donde vienen los ríos que nos dan la vida... por eso queremos aprender a cuidarlo.”

Su compromiso con la transformación del café es más profundo de lo que parece. Para él, transformar no es solo un proceso técnico: es un acto de dignidad.

Explica que vender café en grano, sin procesar, deja al campesino sin saber realmente qué calidad tiene su propio producto. Transformarlo, en cambio, permite conocerlo, valorarlo y mejorar el ingreso económico de las familias cafeteras.

Y sabe que la juventud tiene un papel clave: “A pesar de lo malo, aquí también hay cosas muy buenas... y eso es lo que debemos mostrar.”

Para Kerly, resignificar el territorio es mostrar sus paisajes, su cultura, su fuerza colectiva, y demostrar que el Tolima no es solo conflicto o carencias, sino una comunidad viva que resiste y se reinventa.



QR: Podcast — “Kerly y los caminos del páramo”
(aquí va la foto de Kerly)



Ser pioneros en calidad es su sueño, y lo dice con firmeza: el Tolima ya está siendo reconocido mundialmente. Su asociación ha enviado muestras a Alemania y Estados Unidos. Rioblanco, dice, tiene el potencial para ser referente internacional.

Cuando compara el café de hoy con el de hace quince años, la diferencia es evidente. Antes solo importaba producir; ahora la mirada está en la calidad. La gente aprendió a valorar los procesos, la fermentación, el secado, el cuidado en cada etapa. La cultura del café cambió, y Henover quiere que ese cambio siga creciendo.

Sobre el “árbol de la vida”, confiesa no conocerlo desde lo simbólico, pero sí desde lo organizativo: para él, es la estructura de su asociación, las personas que la sostienen, las raíces que permiten que un proyecto crezca.

Antes de despedirse, deja un mensaje para quienes no conocen su territorio:

“Vengan a Rioblanco. Vengan por una buena taza de café, por los paisajes, los ríos, la tranquilidad. Aquí hay gente amable, trabajadora. No somos lo que dijeron del pasado: somos el paraíso del sur.”

Y así, entre sueños de futuro y aroma a café recién tostado, Henover se convierte en una de las voces que Nawi escucha en su viaje por la montaña: una voz que habla de transformación, territorio y dignidad campesina.



NELCY YULIETH QUITUMBO IPIA

Tejedora del Páramo de Güepe Wualá



Territorio: Vereda Las Mercedes,
Herrera – Tolima

Proceso organizativo:

Asociación de Artesanas y
Guardianas del Páramo

**Historia de Leslie – Testimonio
depurado**

Nelcy hace parte de una asociación de artesanas que trabaja con fibras naturales. En su colectivo elaboran “gigas”, piezas tradicionales tejidas en fique, además de bolsos en macramé, llaveros, aretes y collares. Las mujeres se reúnen para tejer, crear y sostener un proceso comunitario que ha ido creciendo en la vereda Las Mercedes.

Pero su trabajo no se queda solo en la artesanía. Leslie también es una violera, como se llaman en su comunidad a quienes cuidan el páramo de Güepe Wualá, nombre en lengua Nasa que significa “páramo grande”.

Ella y su organización iniciaron este proceso cuando el páramo estaba destruido por incendios, sobrepastoreo y abandono.

El camino de recuperación ha sido largo. Explica que lo primero fue sacar el ganado que aún subía a la zona. Luego organizaron cerramientos y acuerdos comunitarios para evitar que los animales regresaran. Con el tiempo comenzaron las jornadas de siembra de árboles nativos, protegiendo cada espacio que empezaba a regenerarse.

A medida que el páramo volvió a respirar, también regresaron los animales. Leslie dice que ellos llegan solos cuando vuelve su hábitat, porque antes, mientras el páramo estaba quemado, simplemente no se quedaban.

Para ella, el páramo es “un espacio de vida”. Lo compara con una casa: uno la limpia, la cuida y la protege. Así sienten ellas y ellos el territorio. Cuidan el páramo por su comunidad, por la región y por las generaciones



Luz Stella García Méndez

Saberes dulces de la caña
y guardiana del agua



Proceso organizativo:
Emprendimiento escolar “Caña y Panela”

Territorio: Vereda Los Guayabos,
Herrera – Tolima

Estela es docente de la sede Los Guayabos de la Institución Educativa Técnica Agropecuaria San Rafael. Desde hace varios años lidera, junto con padres de familia y otros docentes, un emprendimiento comunitario y escolar llamado “Caña y Panela”, un espacio donde niños y adultos aprenden los saberes tradicionales de la molienda, la transformación de la caña y el cuidado del territorio.

Bajo la sombra del Trapiche, Estela explica con orgullo la variedad de productos que elaboran: panelas, miel, “monos” —pequeñas figuras hechas con miel espesa— y el tradicional guarapo, que sale fresco directamente de la molienda. Cada preparación tiene su punto exacto. La miel no puede quedar ni muy espesa ni muy aguada; la panela debe secar en moldes redondos o cuadrados; el guarapo se cuele y se sirve con o sin limón, como tradición de la región.

Para Estela, la tierra y el agua lo determinan todo. Cuenta que la región tiene un clima privilegiado: fresco, húmedo y ge-

neroso, donde crecen casi todos los cultivos. La caña depende profundamente de la lluvia: si el verano se alarga, la planta se seca y no produce el jugo necesario para panela. Por eso, habla con respeto de “Los Ríos Voladores”, esas nubes que viajan cargadas de agua y se descargan en la montaña, alimentando los sembrados.

Como maestra, insiste en la educación ambiental. Enseña a los niños a no quemar los rastrojos como se hacía antes, sino a reutilizarlos para hacer abono natural; a no lavar bombas de fumigación en las quebradas; a no arrojar basura al agua. La limpieza de las fuentes es, para ella, un compromiso sagrado.

“El agua es lo más esencial. Yo puedo estar sin energía o sin gas, pero nunca sin agua”, dice Estela con firmeza. Sabe que sin el cuidado de la naturaleza no habría panela, ni sembradíos, ni vida. Por eso invita a todos a valorar la montaña, a no talar indiscriminadamente y a proteger la tierra que alimenta y sostiene a la comunidad. Antes de despedirse, deja una reflexión:

“Cuidemos el agua, cuidemos los ríos, no quememos. Esta región tiene agua limpia y abundante, pero solo la conservaremos si enseñamos a las nuevas generaciones a respetarla.”

DIANA MENDIETA RAMÍREZ

El arte de transformar el café del bosque



Territorio: Herrera – Planadas, Tolima

Proceso organizativo: Proyecto familiar Café del Bosque

Diana habla del café como quien habla de una vida entera. Desde hace tres años lidera, junto con su familia, el proyecto Café del Bosque, una iniciativa que nació de su experiencia de más de 13 años en procesos de transformación del café y, claro está, con el deseo colectivo de producir un café de alta calidad desde Herrera para el mundo. El cultivo empieza en lo más pequeño: la semilla se siembra en arena previamente esterilizada, de donde nace la chapola, la primera forma de vida de la planta. Luego pasa a bolsas y finalmente al terreno donde crecerá hasta convertirse en árbol. En su finca cultivan variedades especiales: Borbón rosado, Caturro amarillo, Geisha y entre otros.

El proceso continúa con la cosecha, siempre en cerezas rojas, maduras. El café puede balsearse o despulpase en máquina. Luego viene la fermentación, entre 18 y 24 horas, para que el grano libere su mucílago. Des-

pues se lava cuidadosamente y se pone a secar en eldas o paseras, donde el viento y el sol hacen su parte. Finalmente, el café se tuesta, se muele y se envasa. En ferias y mercados, Diana no solo vende café tostado y molido; también prepara postres a base de café y filtrados artesanales que capturan el aroma profundo de su territorio.

Ha subido varias veces al páramo. Lo describe como un lugar frío pero revitalizante, un refugio donde incluso se ha dado el gusto de nadar en sus aguas heladas.

“El clima allá es maravilloso. El agua es tan pura que hasta en el frío uno se siente vivo.”

Diana explica que la relación entre café y agua es profunda: sin buena hidratación, el grano no se desarrolla. Por eso, las zonas áridas no son cafeteras.

Y por eso tampoco se puede cultivar café directamente en el páramo: las temperaturas congelan la humedad necesaria para que la planta crezca.

Alexandra Leyton Gómez

Sembrar la vida para sostener la región



Territorio: Vereda Maracas – Municipio de Rioblanco, Tolima

Proceso organizativo: Asociación Agropecuaria de Maracas

Alexandra Leyton Gómez forma parte de la Asociación Agropecuaria de la Vereda Maracas, una organización campesina dedicada a los cultivos que sostienen la vida y la economía de la región: café, plátano, cacao, aguacate y productos de agricultura y piscicultura. Su sueño, compartido con las demás mujeres y familias de la asociación, es aprender a transformar esos cultivos para dejar de venderlos únicamente como materia prima y avanzar hacia un proyecto propio de procesamiento, valor agregado y comercialización.

Ha subido al páramo varias veces. Lo recuerda como un lugar hermoso, diverso y lleno de vida:

“Allá uno encuentra animales, lagunas, el río... es como una quebrada donde uno hasta puede pasar caminando.”

Para ella, la importancia del páramo es absoluta:

“Del páramo depende el medio ambiente. De ahí nace el agua pura que consumimos.”

Alexandra explica que la fuente hídrica que nace allí sostiene la vida en Herrera y en toda la zona rural: ríos limpios, aguas frías y claras que bajan hasta convertirse en alimento, riego y consumo para la comunidad.

Sobre la fauna y flora, no duda:

“En el páramo hay muchas clases de animales. Es naturaleza única.”

Respecto a su asociación, la describe como un tejido de trabajo comunitario alrededor de la tierra:

“Nos dedicamos a toda clase de cultivos: café, plátano, aguacate, cacao, piscicultura, porcicultura.”

Todo lo que tiene que ver con la agricultura.”

El páramo, sin embargo, alimenta todo lo demás: es hogar de especies como el oso de anteojos, la danta y el venado, y es cuna del agua que recorre toda la región. El frailejón, en particular, le parece un ser extraordinario.

“El frailejón es como un filtro del agua. Cada 10 años crece una sola beta. Entre más alto es, más antiguo y sabio.”

Su reflexión final es un llamado urgente:

“Cuidemos el páramo y el agua. Si no protegemos estas fuentes, no tendríamos este clima, ni café, ni vida. Todo lo que somos depende de esas montañas.”



El esfuerzo es grande. Sembrar, cosechar, cargar, vender; llevar los productos al mercado de Rioblanco o entregarlos a comerciantes locales:

“Nos toca duro para sacar la cosecha. Lo que cultivamos en el campo es lo que la gente en la ciudad se está comiendo.”

Trabajar la tierra es tanto una forma de vida como una forma de resistencia económica. Para ella, los productos que cultivan son importantes porque dignifican al campesino:

“Con eso nos damos a conocer. Con eso subsistimos.”

Cuando le preguntan por el árbol de la vida, Alexandra lo imagina así:

“Sería como un paraíso... una laguna grande, naturaleza bonita, lo más lindo que pueda haber.”

Al final, deja un mensaje a quienes aún no conocen su territorio:

“Que vengan a visitar el campo. Acá hay cosas muy bonitas. Trabajamos duro para tener un territorio bien cuidado... nuestros cultivos, nuestras aguas, nuestro páramo.”



FUNDACIÓN CRÉALO

Los Puentes Invisibles que Sostienen las Historias



Territorio: Cali, Valle del Cauca - Con trabajo en zonas rurales del sur del Tolima

Proceso organizativo: Fundación Créalo

La Fundación Créalo aparece en este libro no como protagonista, sino como el puente que permitió que las historias del territorio llegaran a Sumaq Purirq – La Caminante del Páramo y Nawi Pukara – La Guardiana de la Montaña. Sus equipos, cámaras y procesos pedagógicos acompañaron las rutas que recorrieron las dos jóvenes mientras escuchaban las voces del páramo y del sur del Tolima.

Créalo es una organización sin ánimo de lucro fundada en Cali en 2015 por Yonny Alexis Rojas y Daniela Aranda Echavarría, con el propósito de fortalecer comunidades mediante la cultura, la educación, la comunicación y los derechos humanos. Su trabajo alcanza a niños, jóvenes, mujeres, personas mayores, comunidades rurales, indígenas, afrodescendientes, campesinas y población LGBTIQ+.

Aunque su sede está en la Comuna 20 de Cali, sus procesos de memoria, comunicación y formación audiovisual han tejido lazos con territorios como Herrera, Planadas, Gaitania y Rioblanco. De esos encuentros nace esta obra: un libro y un documental donde voces urbanas y rurales se reconocen, dialogan y se acompañan en la tarea de proteger el agua, la tierra y la vida.

¿Qué aporta Créalo a este universo narrativo?

- La formación audiovisual que permite a las protagonistas mirar, escuchar y narrar con sensibilidad.
- El acompañamiento metodológico para que los relatos reales dialoguen con la ficción sin perder su esencia.
- La documentación que hizo posible incluir fotografías, registros sonoros y memorias del territorio.

ASOMUCAMVI

Donde las Mujeres Sostienen la Tierra



Territorio: Santiago Pérez, Ataco - Sur del Tolima

Proceso organizativo: Asociación de Mujeres Cambiando Vidas (ASOMUCAMVI)

ASOMUCAMVI aparece en este libro no como protagonista central, sino como la raíz viva que sostiene a quienes caminan el páramo. Es uno de los lugares donde Nawi Pukara – La Guardiana de la Montaña encuentra voces que, como el agua del Meridiano, fluyen con fuerza desde la montaña hacia la comunidad.

La Asociación de Mujeres Cambiando Vidas fue fundada por Yudi Lisney Rojas Orozco, una lideresa rural que, desde el corregimiento de Santiago Pérez (Ataco, Tolima), decidió transformar el dolor de la guerra en organización, dignidad y esperanza. Lo que comenzó como un pequeño grupo de mujeres protectoras del territorio hoy es una organización sólida que impulsa procesos de autonomía económica, agricultura sostenible, soberanía alimentaria y liderazgo comunitario femenino.



• La conexión entre Cali y el Tolima, uniendo el camino de la Caminante del Páramo con el de la Guardiana de la Montaña.

Gracias a esta labor silenciosa, las voces de diferentes líderes y lideresas integran con naturalidad al recorrido de las protagonistas, mostrando que cada historia campesina, indígena, juvenil y comunitaria es parte del gran tejido que sostiene el Páramo del Meridiano. Créalo no es el centro de este libro: es el hilo que cose las páginas, el equipo que acompaña, y la mirada que ayuda a que los territorios se cuenten desde sí mismos.



QR Conoce el equipo que teje esta historia (que enlace a las historias del equipo de trabajo en la pagina)

Aquí, las mujeres siembran no solo semillas: siembran futuro. En ASO-MUCAMVI, la tierra es escuela, medicina y memoria. Sus procesos se sostienen sobre cuatro pilares:

- Defensa de la tierra y el agua: huertas, semillas nativas, reforestación y cuidado de nacaderos.
- Autonomía económica: emprendimientos rurales que fortalecen la independencia de las mujeres.
- Memoria y sanación territorial: relatos que reconstruyen la historia de la comunidad desde sus propias voces.
- Educación comunitaria: mingas, talleres, círculos de mujeres y formación ambiental para niñas, jóvenes y adultas.



DIANA RUTH TORRES

La mujer que siembra descanso en la montaña



Proceso organizativo:
Emprendimiento familiar de productos saludables

Territorio: Herrera, Planadas – Tolima

Diana nació en el departamento del Cauca, pero su vida siempre ha sido un recorrido marcado por la búsqueda de tranquilidad: vivió en el Huila e Ibagué, y finalmente llegó a Herrera junto a su familia. Aquí encontraron lo que buscaban: un lugar donde sembrar un proyecto propio, trabajar desde la casa y vivir sin el agotador correcurso de la ciudad.

Con su emprendimiento de productos saludables, Diana y su familia han construido una forma de sostenerse que también aporta al territorio. Para ella, el campo es un refugio vivo:

“Aquí no hay ese ruido que le come el alma a uno,” dice mientras habla de los ríos, los naci-

mientos y la paz que le regala la montaña.

Aunque aún no ha subido al páramo —sus hijos pequeños la necesitan cerca— siente ese lugar como una presencia espiritual: una cima que la llama y que guarda historias profundas. Frente al mito del Árbol de la Vida, recuerda relatos duros del pasado, pero también imagina uno diferente:

“Un árbol que dé alimento, sombra y protección. Un árbol que sostenga.”

Antes de despedirse, deja una invitación para quienes no conocen Herrera:

“Vengan. Es lejos, sí... pero aquí uno encuentra paz, cariño y un paraíso que todavía resiste.”
Foto de Diana



¿Qué aporta ASOMUCAMVI a este universo narrativo?

- La fuerza de la mujer rural como guardiana de la vida y de la tierra.
- Los procesos de siembra y conservación que ayudan a sostener las aguas del Meridiano.
- La memoria colectiva que permite que Sumaq y Nawi lean la montaña como un libro espiritual.
- La transmisión intergeneracional de saberes femeninos que mantienen unido al territorio.
- Un territorio afectivo, donde las mujeres han hecho del cuidado una forma de resistencia y de continuidad.

ASOMUCAMVI no ocupa el centro del relato del libro:

es la raíz profunda que da fuerza al camino, el fogón donde se conversa, el huerto donde germinan nuevas generaciones y el corazón comunitario donde la vida se vuelve digna, en el sur del Tolima.

LOS RÍOS QUE NACEN EN EL AIRE



Al terminar de escuchar las voces del territorio, Sumaq Purirq guardó silencio. Cada palabra de los campesinos se quedó resonando en su pecho: el agua como vida, el páramo como refugio, el viento como mensajero. Todo lo que acababan de contar —las lagunas, los nacimientos, los animales, el frío que protege y la montaña que respira— dibujaba una verdad que ella ya intuía desde niña.

Por eso subió de nuevo al páramo.

Caminó despacio, como si cada paso confirmara lo que acababa de aprender en las historias de su gente. El viento soplaba fuerte, pero no la empujaba: la guiaba. Entre los frailejones sintió que ese movimiento del aire



Los ríos que nacen en el aire

Después de escuchar los testimonios de quienes siembran, transforman y protegen el territorio, la Guardiana de la Montaña guarda un breve silencio. Sabe que cada palabra compartida —sobre el café, el páramo, el agua, los frailejones, los animales que regresan— forma parte de una misma historia más antigua que todas las personas reunidas. Por eso levanta la mirada hacia el cielo y comienza a explicar lo que muchos sienten, pero pocos han logrado nombrar con claridad: el viaje secreto de los Ríos Voladores.

Cuenta que, mucho antes de tocar las montañas, el agua inicia su recorrido en las selvas profundas, donde millones de árboles liberan vapor





no era simple brisa; era un viaje, un transporte, un ciclo.

Allá arriba, donde la neblina se vuelve casi líquida, Sumaq Purir lo comprendió mejor que nunca:

el agua no solo corre por la tierra. También viaja por el cielo.

Ese fue el instante en que escuchó, como un susurro entre los frailejones:

“Aquí comienzan los Ríos Voladores.”

Y así, su camino se abre paso hacia la explicación de ese fenómeno que une el páramo con las selvas, los valles y la vida de toda una región.

como un suspiro colectivo. Ese vapor asciende, se transforma en nubes y viaja impulsado por los vientos hasta encontrarse con estas cumbres frías. Allí, en el abrazo del páramo, las nubes se condensan y caen en forma de lluvia, alimentando lagunas, quebradas, nacimientos y ríos que dan vida a toda la región. Sin ese ciclo silencioso, no existirían las siembras, ni los bosques, ni la posibilidad de que un campesino encuentre agua limpia al amanecer.

Para la Guardiania, entender este movimiento invisible es comprender que el páramo no solo se cuida: también se agradece, porque respira y sostiene a todos.



Lo que asombra a la Caminante del Páramo

Sumaq Purirq – La Caminante del Páramo

Sumaq escucha el páramo como quien escucha un idioma antiguo.

El viento entre los frailejones le habla: un mensaje que se repite desde que su padre le habló del Árbol de la Vida.

Le fascina que el agua camine por el aire: nubes amazónicas cargadas de humedad que ascienden por los Andes y dejan su lluvia al chocar con estas montañas.

A esto, la ciencia lo llama Ríos Voladores; ella los llama mensajeros.

También la sorprende la paciencia del frailejón: una planta que crece apenas 1 centímetro por año y sostiene el agua gota a gota.

Para Sumaq, cada hoja es un recuerdo vivo del territorio.

El Corazón del Páramo del Meridiano

En el sur del Tolima, entre Herrera, Rioblanco, Gaitania y Planadas, se extiende el Páramo del Meridiano, un territorio donde el cielo se inclina hacia la tierra y el agua nace en silencio. We'pe Wala -nombre dado por el pueblo Nasa- es un ecosistema de alta montaña ubicado sobre la Cordillera Central.

Limita con:

- Occidente: bosques nublados del Valle del Cauca.
- Norte: Páramo de Las Hermosas.
- Oriente: cuenca alta del río Saldaña y montañas de Rioblanco.
- Sur: rutas que conducen hacia el Nevado del Huila.

Aquí nacen ríos jóvenes que alimentan toda la región: aguas frías, nacederos ocultos y humedales silenciosos donde el viento es el primero en hablar.



Mapa interactivo del Páramo del Meridiano

WE'PE WALA

Lo que las une cuando sus caminos se encuentran

Aunque sus historias son distintas, Sumaq y Nawi descubren la misma verdad:

El páramo es un organismo vivo.

Los páramos colombianos capturan y liberan cerca de 1.000 mm de agua al año, gracias a plantas como los frailejones

(Instituto Humboldt, 2014; IDEAM, 2019).

Del Meridiano nacen aguas que alimentan los ríos Hereje y Saldaña, sosteniendo a todo el sur del Tolima.

El ecosistema guarda especies únicas:

- Oso andino
- Danta de montaña
- Venado soche
- Páramo tapaculo

(IUCN, Andes Tropicales 2022)

Para ambas protagonistas, el páramo no es simplemente un paisaje:

Es un hogar que respira, habla y pide ser protegido.

Lo que asombra a la Guardiana de la Montaña

Nawi Pukara La Guardiana de la Montaña

Nawi ve el páramo desde sus rastros: las huellas frescas del venado soche, la sombra de la danta, la presencia silenciosa del oso de anteojos.

Se maravilla con la exactitud de los nacederos: frailejones que actúan como esponjas ancestrales, atrapando humedad y transformándola en agua para su vereda.

La niebla súbita la conmueve, como si la montaña envolviera un secreto.

Y cuando los Ríos Voladores descargan su lluvia, Nawi siente que:

“el páramo habla”.



ORIEGEN DE SUSURROS DEL PÁRAMO

Hay historias que no nacen en un escritorio, sino en el cuerpo, en el frío de la madrugada, en el silencio de una montaña inmensa y en el latido acelerado de quienes caminan para proteger la vida. La historia de Yonny Rojas es una de ellas.

Yonny nació en Rioblanco, Tolima, un territorio campesino profundamente marcado por la riqueza natural, pero también por las huellas del conflicto

armado en Colombia. Creció entre montañas, caminos de tierra, ríos y cultivos, aprendiendo desde niño a leer el lenguaje del clima, del agua y de la tierra. Como muchas familias rurales, su vida estuvo atravesada por la violencia, una realidad que obligó a su madre a tomar decisiones difíciles para salvaguardar la vida y el futuro de sus hijos.

En uno de esos momentos decisivos, acompañado por su madre, tuvo que cruzar el Páramo del Meridiano, un territorio imponente, frío y exigente. No fue una caminata elegida por aventura, sino una travesía marcada por la necesidad, el miedo y la esperanza. El cuerpo cansado, la neblina cerrada, el silencio profundo y el cuidado mutuo quedaron grabados como una memoria persistente. El páramo se convirtió así en un lugar sagrado, un umbral entre el riesgo y la posibilidad de seguir adelante.

Años después, Yonny construyó su vida en Cali, ciudad donde creció su hija, en un entorno urbano muy distinto al paisaje de su infancia. Ella aprendió a mirar el mundo entre calles, barrios y sonidos de ciudad, inmersa en dinámicas aceleradas, lejos de los ritmos lentos del campo y del lenguaje silencioso de las montañas.

El reencuentro ocurre cuando padre e hija regresan juntos al páramo. Esta vez no se camina para huir, sino para comprender, recordar y sembrar conciencia. Yonny vuelve al territorio que marcó su vida; su hija lo descubre por primera vez con asombro, curiosidad y sensibilidad. Allí aprende sobre el agua, las lagunas, los ríos voladores, el cuidado del ecosistema y la importancia de proteger aquello que no siempre se ve, pero que sostiene la vida.

De esta experiencia, inspirada en vivencias reales, nace Susurros del Páramo, una obra transmedial que entrelaza documental, podcast, vodcast, una canción original y un libro-guía pedagógica, construyendo un universo narrativo donde la memoria dialoga con la educación, la emoción con el conocimiento y la experiencia personal con el aprendizaje colectivo.

Cada formato amplifica una dimensión del relato: el documental conmueve desde la imagen, el podcast profundiza la reflexión, el vodcast acerca las voces y los rostros, la canción sensibiliza desde la emoción, y el libro-guía pedagógico acompaña procesos educativos que permiten que esta historia viaje a escuelas, comunidades y territorios diversos.

Susurros del Páramo: El origen como aprendizaje colectivo

Mi nombre es Daniela Aranda Echavarría. Soy docente rural y productora audiovisual comunitaria, hice parte de Susurros del Páramo desde el primer momento hasta el cierre de su proceso creativo. Acompañé de cerca cada una de sus etapas, cada decisión, cada conversación, cada producto transmedial que fue tomando forma: el documental, el podcast, el vodcast y el libro-guía pedagógica.

Para mí, hacer parte de este proyecto ha sido profundamente significativo. Susurros del Páramo no es solo una obra audiovisual; es una historia de vida que se transforma en relato colectivo. Aunque está inspirada en experiencias reales del director del proyecto, siento que esta historia no le pertenece únicamente a él. Está atravesada por la vida de muchos de nosotros, por la memoria de cientos de colombianos y colombianas a quienes la violencia nos ha marcado de una u otra manera.

Mi experiencia como docente y como productora audiovisual comunitaria me ha enseñado que escuchar,

investigar y caminar junto a los colectivos no es solo una metodología de trabajo, sino un proceso de aprendizaje colectivo.

Construir desde el diálogo, desde la confianza y desde el reconocimiento de los saberes locales hace que este proceso creativo sea profundamente valioso y transformador. En Susurros del Páramo, esa forma de trabajar permitió que la historia no fuera impuesta, sino tejida entre múltiples voces, miradas y experiencias.

El proceso de construcción del guion no fue únicamente la tarea del director o del guionista. Fue el resultado de múltiples conversaciones, encuentros de equipo, intercambios de ideas, recuerdos compartidos, dudas, preguntas y emociones puestas sobre la mesa. Cada diálogo aportó capas de sentido, sensibilidad y profundidad al relato. Por eso, este libro invita a leer las biografías de cada una de las personas que hicieron parte de este bello proyecto Transmedial en la página web, porque cada integrante, más allá de cumplir un rol técnico, entregó fragmentos de su propia historia, de su memoria y de su sensibilidad.

Así, la narrativa que hoy se comparte no nace solo de las palabras ni de un libreto cerrado, sino del sentir colectivo, de las emociones compartidas, de las experiencias de vida que se entrelazaron para construir una historia auténtica, viva y profundamente humana.

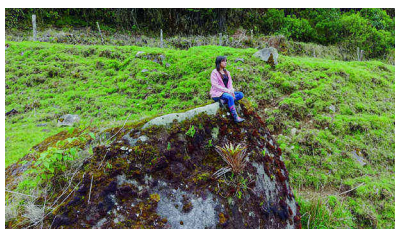
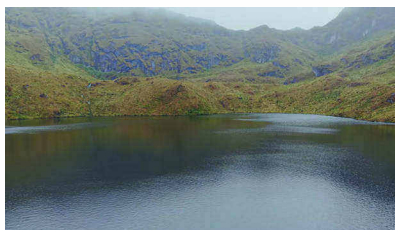
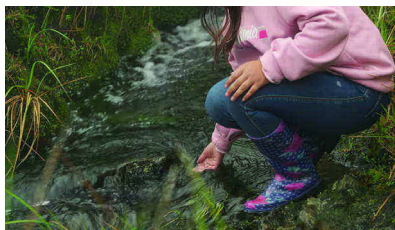
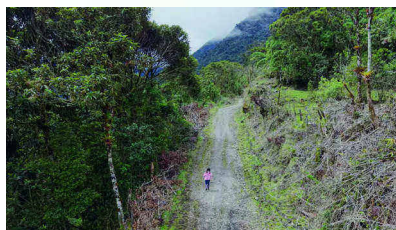
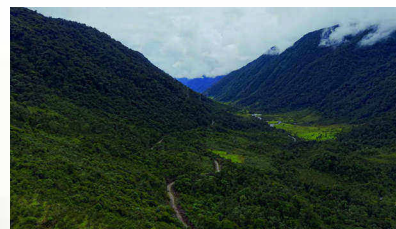
Acompañar este proceso fue reconocer que el relato personal dialoga constantemente con la historia del país. El cruce del páramo, el desplazamiento, el miedo, el cuidado, la búsqueda de protección y de futuro no son hechos aislados. Son experiencias que resuenan en múltiples familias, en múltiples territorios y en distintas generaciones. En ese sentido, el proyecto logra algo esencial: convertir una vivencia íntima en una narrativa que interpela lo colectivo.

Desde mi práctica educativa, el proyecto adquiere además una dimensión pedagógica profunda. El páramo no aparece solo como paisaje o escenario, sino como un territorio que enseña. Enseña sobre el agua, sobre la vida, sobre la memoria y sobre la responsabilidad que tenemos como sociedad frente a los ecosistemas que nos sostienen. El libro-guía pedagógica surge precisamente de esa necesidad de acompañar

procesos educativos y de llevar esta experiencia a las aulas, a las comunidades y a los espacios donde se forman miradas críticas y sensibles.

Seguir de cerca cada uno de los productos transmediales me permitió comprender que esta historia necesitaba múltiples lenguajes para ser contada. La imagen conmueve, la palabra profundiza, la voz acerca, la música sensibiliza y la lectura permite detenerse, reflexionar y dialogar. Cada formato aporta una capa distinta al relato, pero todos nacen del mismo corazón: el territorio, la memoria y la vida.

Para mí, Susurros del Páramo es también una forma de reconciliación cotidiana. No una reconciliación abstracta, sino una que se construye al reconocer lo vivido, al escuchar las historias que han sido silenciadas y al comprender que cuidar el territorio es también cuidar la memoria. Este proyecto reafirma mi convicción de que el camino audiovisual comunitario puede ser una herramienta poderosa para educar, sanar y abrir posibilidades de futuro.



SUSURROS DEL PÁRAMO

Verso 1

Entre el río, entre montaña,
la neblina trae canción,
camino verde, luz temprana,
siembra sueño el corazón.
Frailejones se despiertan,
con el sol quieren hablar,
allá donde nace el día,
el agua aprende a volar.

Verso 2

Caminante del páramo,
guarda huellas al pasar,
lleva el eco de los cielos
donde el viento sabe orar.
Ríos voladores, cruzando el tiempo,
viajan libres sobre el mar,
traen noticias del silencio,
traen promesas de cuidar.

Coro

Páramo, páramo, canto y susurro,
agua que viaja cruzando el futuro,
todos juntamos la voz y la vida,
desde la niebla renace la risa.

Páramo, páramo, sueño profundo,
lluvia que baila en el sur de este
mundo, tierra de abuelos, raíz de
color, donde florece la vida y el amor.

Verso 3

Guardiana de la montaña,
madre de sombra y cristal,
cuida el río, cuida el alma,
cuida el pulso natural.
Frailejón que mira el cielo,
reza gotas al pasar,
cada hoja es un reflejo
de la vida en su altar.

Coro

Páramo, páramo, canto y susurro,
agua que viaja cruzando el futuro,
todos juntamos la voz y la vida,
desde la niebla renace la risa.

Páramo, páramo, sueño profundo,
lluvia que baila en el sur de este
mundo, tierra de abuelos, raíz de
color, donde florece la vida y el amor.

Verso 4

Manos llevan las semillas,
voces siembran libertad,
mujer de barro y brisa,
joven que quiere sembrar.
Sur del Tolima y valle entero,
unidos pueden sanar,
lo invisible es lo primero,
el agua no debe faltar.

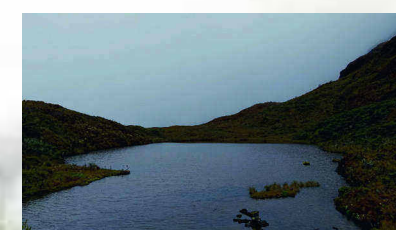
Coro

Páramo, páramo, canto y susurro,
agua que viaja cruzando el futuro,
todos juntamos la voz y la vida,
desde la niebla renace la risa.

Páramo, páramo, sueño profundo,
lluvia que baila en el sur de este
mundo,
tierra de abuelos, raíz de color,
donde florece la vida y el amor.

Verso 5

El agua no debe faltar,
lo invisible es lo primero,
el agua no debe faltar.
Caminantes del páramo,
guardianas de la montaña,
ríos volando en el cielo,
susurrando vida temprana.
Frailejones que resisten,
verde manto celestial,
desde el páramo nos dicen:
¡Cuidar el agua es amar!





**SUSURROS
DEL
TARANO**

**VOCES,
CAMINOS**
Y GUARDIANAS DEL MERIDIANO

